

PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA
DE CHILE



Conferencia
Episcopal
CHILE



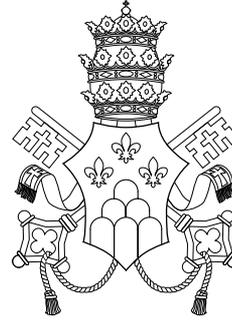
Nostra aetate

Declaración del Concilio Vaticano II **Sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas**

Declaración del
CONCILIO VATICANO II

Nostra aetate

Sobre las
relaciones de
la Iglesia con
las religiones no
cristianas



Autorizado por la
Conferencia Episcopal de Chile
www.iglesia.cl

Coordinación

Dirección de Pastoral y Cultura Cristiana
Pontificia Universidad Católica de Chile
www.pastoral.uc.cl

Ediciones UC
www.ediciones.uc.cl

Distribución

Librería Pastoral Conferencia Episcopal de Chile
Echaurren 4, piso 5, Santiago
www.iglesia.cl/libreria

Librerías UC
Alameda 390, primer piso
Centro de Extensión UC, Santiago
www.ediciones.uc.cl

Diseño

Diseño Corporativo UC

Imprenta

Fe&ser

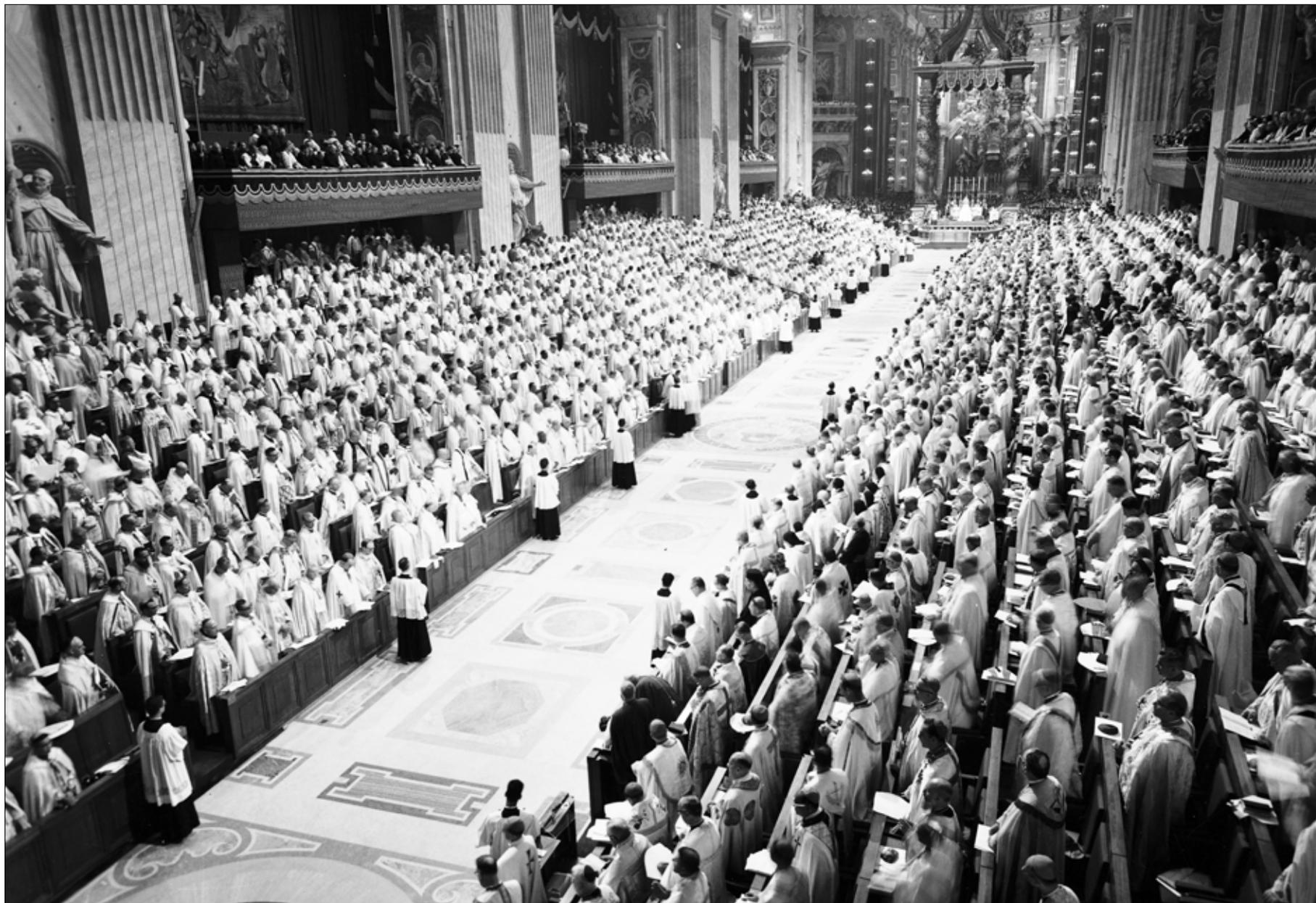
Santiago de Chile
Marzo de 2016

ISBN: 978-956-14-1737-3

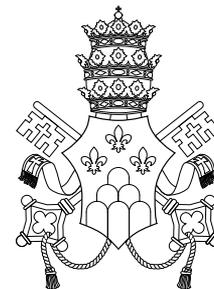


Nostra aetate

Declaración del Concilio Vaticano II Sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas



Apertura de la segunda sesión del Concilio Vaticano II, 1963.



DECLARACIÓN
NOSTRA AETATE
DEL CONCILIO VATICANO II
SOBRE LAS RELACIONES
DE LA IGLESIA
CON LAS RELIGIONES
NO CRISTIANAS

Proemio

1. En NUESTRA ÉPOCA, en la que el género humano se une cada vez más estrechamente y aumentan los vínculos entre los diversos pueblos, la Iglesia considera con mayor atención en qué consiste su relación con respecto a las religiones no cristianas. En cumplimiento de su misión de fundamentar la Unidad y la Caridad entre los hombres y, aún más, entre los pueblos, considera aquí, ante todo, aquello que es común a los hombres y que conduce a la mutua solidaridad.

Todos los pueblos forman una comunidad, tienen un mismo origen, puesto que Dios hizo habitar a todo el género humano sobre la faz de la tierra, y tienen también un fin último, que es Dios, cuya providencia, manifestación de bondad y designios de salvación se extienden a todos, hasta que se unan los elegidos en la ciudad santa, que será iluminada por el resplandor de Dios y en la que los pueblos caminarán bajo su luz. Los hombres esperan de las diversas religiones la respuesta a los enigmas recónditos de la condición humana, que hoy como ayer, conmueven íntimamente su corazón: ¿Qué es el hombre, cuál es el sentido y el fin de nuestra vida, el bien y el pecado, el origen y el fin del dolor, el camino para conseguir la verdadera felicidad, la muerte, el juicio, la sanción después de la muerte? ¿Cuál es, finalmente, aquel último e inefable misterio que envuelve nuestra existencia, del cual procedemos y hacia donde nos dirigimos?

Las diversas religiones no cristianas

2. Ya desde la antigüedad y hasta nuestros días se encuentra en los diversos pueblos una cierta percepción de aquella fuerza misteriosa que se halla presente en la marcha de las cosas y en los acontecimientos de la vida humana y a veces también el reconocimiento de la Suma Divinidad e incluso del Padre. Esta percepción y conocimiento penetra toda su vida con íntimo sentido religioso. Las religiones, al tomar contacto con el progreso de la cultura, se esfuerzan por responder a dichos problemas con nociones más precisas y con un lenguaje más elaborado. Así, en el Hinduismo los hombres investigan el misterio divino y lo expresan mediante la inagotable fecundidad de los mitos y con los penetrantes esfuerzos de la filosofía, y buscan la liberación de las angustias de nuestra condición mediante las modalidades de la vida ascética, a través de profunda meditación, o bien buscando refugio en Dios con amor y confianza. En el Budismo, según sus varias formas, se reconoce la insuficiencia radical de este mundo mudable y se enseña el camino por el que los hombres, con espíritu devoto y confiado pueden adquirir el estado de perfecta liberación o la suprema iluminación, por sus propios esfuerzos apoyados con el auxilio superior. Así también las demás religiones que se encuentran en el mundo se esfuerzan por responder de varias maneras a la inquietud del corazón humano, proponiendo caminos, es decir, doctrinas, normas de vida y ritos sagrados. La Iglesia católica no rechaza nada de lo que en estas religiones hay de santo y verdadero. Considera con sincero respeto los modos de obrar y de vivir, los preceptos y doctrinas que, por más que discrepen en

mucho de lo que ella profesa y enseña, no pocas veces reflejan un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres. Anuncia y tiene la obligación de anunciar constantemente a Cristo, que es “el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn., 14,6), en quien los hombres encuentran la plenitud de la vida religiosa y en quien Dios reconcilió consigo todas las cosas.

Por consiguiente, exhorta a sus hijos a que, con prudencia y caridad, mediante el diálogo y colaboración con los adeptos de otras religiones, dando testimonio de fe y vida cristiana, reconozcan, guarden y promuevan aquellos bienes espirituales y morales, así como los valores socioculturales que en ellos existen.

La religión del Islam

3. La Iglesia mira también con aprecio a los musulmanes que adoran al único Dios, viviente y subsistente, misericordioso y todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, que habló a los hombres, a cuyos ocultos designios procuran someterse con toda el alma como se sometió a Dios Abraham, a quien la fe islámica mira con complacencia. Veneran a Jesús como profeta, aunque no lo reconocen como Dios; honran a María, su Madre virginal, y a veces también la invocan devotamente. Esperan, además, el día del juicio, cuando Dios remunerará a todos los hombres resucitados. Por tanto, aprecian la vida moral, y honran a Dios sobre todo con la oración, las limosnas y el ayuno.

Si en el transcurso de los siglos surgieron no pocas desavenencias y enemistades entre cristianos y musulmanes, el Sagrado Concilio exhorta a todos a que, olvidando lo pasado, procuren y promuevan unidos

la justicia social, los bienes morales, la paz y la libertad para todos los hombres.

La religión Judía

4. Al investigar el misterio de la Iglesia, este Sagrado Concilio recuerda los vínculos con que el Pueblo del Nuevo Testamento está espiritualmente unido con la raza de Abraham.

Pues la Iglesia de Cristo reconoce que los comienzos de su fe y de su elección se encuentran ya en los Patriarcas, en Moisés y los Profetas, conforme al misterio salvífico de Dios. Reconoce que todos los cristianos, hijos de Abraham según la fe, están incluidos en la vocación del mismo Patriarca y que la salvación de la Iglesia está místicamente prefigurada en la salida del pueblo elegido de la tierra de esclavitud. Por lo cual, la Iglesia no puede olvidar que ha recibido la Revelación del Antiguo Testamento por medio de aquel pueblo con quien Dios, por su inefable misericordia, se dignó establecer la Antigua Alianza, ni puede olvidar que se nutre de la raíz del buen olivo en que se han injertado las ramas del olivo silvestre que son los gentiles. Cree, pues, la Iglesia que Cristo, nuestra paz, reconcilió por la cruz a judíos y gentiles y que de ambos hizo una sola cosa en sí mismo.

La Iglesia tiene siempre ante sus ojos las palabras del Apóstol Pablo sobre sus hermanos de sangre, “a quienes pertenecen la adopción y la gloria, la Alianza, la Ley, el culto y las promesas; y también los Patriarcas, y de quienes procede Cristo según la carne” (*Rom.*, 9,4-5), hijo de la Virgen María. Recuerda también que los Apóstoles, fundamentos y columnas de la Iglesia, nacieron del pueblo judío, así como muchísimos de

aquellos primeros discípulos que anunciaron al mundo el Evangelio de Cristo.

Como afirma la Sagrada Escritura, Jerusalén no conoció el tiempo de su visita, gran parte de los judíos no aceptaron el Evangelio e incluso no pocos se opusieron a su difusión. No obstante, según el Apóstol, los judíos son todavía muy amados de Dios a causa de sus padres, porque Dios no se arrepiente de sus dones y de su vocación. La Iglesia, juntamente con los Profetas y el mismo Apóstol, espera el día, que sólo Dios conoce, en que todos los pueblos invocarán al Señor con una sola voz y “le servirán como un solo hombre” (*Soph* 3,9).

Como es, por consiguiente, tan grande el patrimonio espiritual común a cristianos y judíos, este Sagrado Concilio quiere fomentar y recomendar el mutuo conocimiento y aprecio entre ellos, que se consigue sobre todo por medio de los estudios bíblicos y teológicos y con el diálogo fraterno.

Aunque las autoridades de los judíos con sus seguidores reclamaron la muerte de Cristo, sin embargo, lo que en su Pasión se hizo, no puede ser imputado ni indistintamente a todos los judíos que entonces vivían, ni a los judíos de hoy. Y, si bien la Iglesia es el nuevo Pueblo de Dios, no se ha de señalar a los judíos como reprobados de Dios ni malditos, como si esto se dedujera de las Sagradas Escrituras. Por consiguiente, procuren todos no enseñar nada que no esté conforme con la verdad evangélica y con el espíritu de Cristo, ni en la catequesis ni en la predicación de la Palabra de Dios.

Además, la Iglesia, que reprueba cualquier persecución contra los hombres, consciente del patrimonio

común con los judíos, e impulsada no por razones políticas, sino por la religiosa caridad evangélica, deplora los odios, persecuciones y manifestaciones de antisemitismo de cualquier tiempo y persona contra los judíos.

Por los demás, Cristo, como siempre lo ha profesado y profesa la Iglesia, abrazó voluntariamente y movido por inmensa caridad, su pasión y muerte, por los pecados de todos los hombres, para que todos consigan la salvación. Es, pues, deber de la Iglesia en su predicación el anunciar la cruz de Cristo como signo del amor universal de Dios y como fuente de toda gracia.

La fraternidad universal excluye toda discriminación

5. No podemos invocar a Dios, Padre de todos, si nos negamos a conducirnos fraternalmente con algunos hombres, creados a imagen de Dios. La relación del hombre para con Dios Padre y con los demás hombres sus hermanos están de tal forma unidas que, como dice la Escritura: “el que no ama, no ha conocido a Dios” (1 Jn 4,8).

Así se elimina el fundamento de toda teoría o práctica que introduce discriminación entre los hombres y entre los pueblos, en lo que toca a la dignidad humana y a los derechos que de ella dimanar.

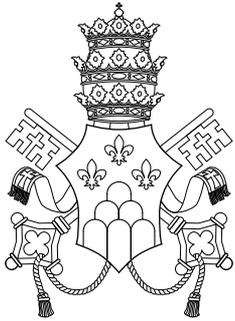
La Iglesia, por consiguiente, reprueba como ajena al espíritu de Cristo cualquier discriminación o vejación realizada por motivos de raza o color, de condición o religión. Por esto, el sagrado Concilio, siguiendo las huellas de los santos Apóstoles Pedro y Pablo, ruega ardientemente a los fieles que, “observando en medio de las naciones una conducta ejemplar”, si es posible, en cuanto de ellos depende, tengan paz con

todos los hombres, para que sean verdaderamente hijos del Padre que está en los cielos.

Todas y cada una de las cosas contenidas en esta Declaración han obtenido el beneplácito de los Padres del Sacrosanto Concilio. Y Nos, en virtud de la potestad apostólica recibida de Cristo, juntamente con los Venerables Padres, las aprobamos, decretamos y establecemos en el Espíritu Santo, y mandamos que lo así decidido conciliarmente sea promulgado para la gloria de Dios.



Roma, en San Pedro, 28 de octubre de 1965



Comentarios

Hermanos en la fe en el Dios único

Antonio Bentué
Profesor de la Facultad de Teología UC

50 años de la declaración Nostra aetate

Rabino Alejandro S. Bloch
Decano sede Chile del Seminario Rabínico Latinoamericano

HERMANOS EN LA FE EN EL DIOS ÚNICO

Por Antonio Bentué

Teólogo. Profesor de la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica de Chile

Judíos, cristianos y musulmanes somos hermanos en la fe en el Dios único, Adonai, Padre de Jesucristo, Alá, el Dios Altísimo que está en los cielos. Es el mismo Dios que se reveló al Patriarca común Abraham, al nazareno Jesús como el Cristo, y al enviado como profeta Muhammad. Por eso podemos todos nosotros compartir que:

1. Dios es Uno, y no hay Otro sino Él, Adonai, el Padre de Jesucristo, Alá, ¡Santificado sea su Nombre! Por eso podemos también orar juntos abriendo el corazón al único Dios Altísimo que está en los cielos, en la confianza de que el Dios Altísimo está cerca y nos acoge a todos en su entrañable presencia, puesto que Él es clemente y misericordioso (Basmala). Ese es el Espíritu de Dios que inspiró a todos los profetas para comunicarnos, de esa manera, la espiritualidad que nos hace hermanos, animados por la Buena voluntad, cada uno desde su propia existencia, en el lugar y el tiempo en que nos ha tocado vivir.

“Pues ciertamente, quienes creen, quienes practican el judaísmo y el cristianismo -quienes creen en Dios y en el Último Día y hacen obras buenas- tendrán la recompensa junto a su Señor. No hay temor por ellos, pues no serán entristecidos” (Azora 2, 59/62).

2. Nos anima, así, la misma Esperanza de Vida eterna en que Dios será todo en todos, acogidos eternamente por su Misericordia sin límites, que corregirá nuestros egoísmos y nuestras faltas por habernos enfrentado a menudo unos contra otros, para unirnos a todos como hermanos. Por eso:

“¡No desesperéis nunca de la misericordia de Dios! Dios perdona todos los pecados. Él es el Clemente, el Misericordioso” (Açora 39,54).

3. Podemos así, todos juntos, hacer nuestras las palabras del salmista:

“Están los ojos del Señor sobre los que le temen, sobre los que esperan en su misericordia; sea, o Dios, sobre nosotros tu misericordia, como esperamos en Ti”. [...] “Señor, Dios nuestro, el Clemente, el Misericordioso, haz resplandecer tu rostro sobre tus siervos y sálvanos en tu misericordia (...) ¡Qué grande es, oh Señor, la misericordia que guardas para los que te temen y que, a la vista de todos, realizas con los que en ti confían! Y bendito sea Dios que en mí hace admirable su misericordia (...) Por eso me alegraré siempre en tu misericordia” (Sal 31).

4. Y dirigirnos juntos al único Dios, como Padre nuestro, para expresarle lo que nos une en la fe: Padre nuestro que estás en el cielo. Santificado sea tu Nombre, venga tu Reinado y hágase tu voluntad en la tierra como se hace en el cielo. Danos el pan de cada día y perdona nuestras ofensas haciendo que perdonemos también a quienes nos hayan ofendido...y líbranos del mal.

50 AÑOS DE LA DECLARACIÓN NOSTRA AETATE

Rabino Alejandro S. Bloch

Decano sede Chile del Seminario Rabínico Latinoamericano

Hay un antes y un después en las relaciones interreligiosas entre la Iglesia Católica y el pueblo Judío a partir de la Declaración *Nostra aetate* del Concilio Vaticano II. El mismo concilio que fue iniciado bajo el pontificado del Papa Juan XXIII y que había recibido a la delegación de la Comunidad Judía diciendo la frase bíblica del reencuentro de José con sus hermanos, “Yo soy José, vuestro hermano”, haciendo una referencia intertextual a su propio nombre secular -Angelo Giuseppe Roncalli- e intentando zanjar, no los 20 años bíblicos, sino los 2.000 años de desencuentro teológico.

Nostra aetate marca el comienzo de un diálogo continuo que incluye las históricas visitas de tres Papas: Juan Pablo II, Benedicto XVI y el actual Papa Francisco a la Sinagoga de Roma, una de las más antiguas del mundo, y de la cual los judíos se sienten orgullosos por su tradición que es anterior a la destrucción del Templo de Jerusalén. El 30 de noviembre de 1993 se firmaron los acuerdos fundamentales entre la Santa Sede y el Estado de Israel que permitió que en 1994 llegara el primer embajador de Israel al Vaticano.

Otro de los hitos fundamentales en el sendero del diálogo entre católicos y judíos fue la formulación del Papa Juan Pablo II, reafirmado por el Papa Francisco, de que “*Ustedes son nuestros hermanos y nuestras hermanas mayores en la fe. Todos los que pertenecemos a una única familia, la familia de Dios, el cual nos acompaña y nos*

protege como su pueblo". En sus palabras se recupera el lenguaje fraternal de integrantes de una misma familia y a la vez el reconocimiento de las raíces judías del cristianismo.

Cabe destacar que las declaraciones formales e informales de los diferentes Papas señalaron que el antisemitismo es un pecado, cerrando toda posibilidad de justificar la discriminación y el odio a los judíos desde la fe.

Nostra aetate ha sido el inicio del largo proceso de reconciliación y de encuentro, que hoy disfrutamos y del que somos encargados de seguir ejercitando y expandiendo.

Como enseñara el Rabino Abraham Joshua Heschel, quien fuera uno de los representantes judíos durante las sesiones del Concilio Vaticano II, "ninguna religión es una isla": una tradición religiosa impacta directamente sobre la otra y es por eso que asambleas rabínicas de todo el mundo, rabinos y académicos en el documento Dabru Emet ("Decid la Verdad") del año 2000 y declaración del rabinos 2015 han sumado sus voces a los cientos de rabinos y líderes comunitarios que han dedicado esfuerzo a la construcción de puentes de entendimiento entre ambas religiones. Somos todos responsables de construir un mundo mejor basado en las enseñanzas de amor y solidaridad que son comunes a ambas religiones.



ISBN: 978-956-14-1737-3

